

JACQUES LE GOFF

# *La Edad Media y el dinero*

*Ensayo de antropología histórica*



## INTRODUCCIÓN

Ya sea en latín o en lenguas vernáculas, el dinero<sup>1</sup>, tema que vamos a tratar aquí, no se ha expresado en la Edad Media con un único vocablo. El dinero, según entendemos hoy (y que da título a esta obra) es un producto de la modernidad. Anticipamos que el dinero no es un personaje de primer plano en la época medieval; ni desde el punto de vista económico ni político; ni desde el punto de vista psicológico, ni desde el ético. Las palabras que en francés medieval se acercan más al vocablo «dinero» en el sentido actual son: «monnaie», «denier» y «pécune»<sup>2</sup>. Las realidades que designarían hoy día este término de dinero no son lo esencial de lo que constituía entonces la riqueza. Si un medievalista japonés ha podido sostener que el rico nació en la Edad Media –lo que no es seguro– este rico, en cualquier caso, lo es tanto y más en tierras, hombres y poder que en dinero monetizado.

La Edad Media, si nos referimos al dinero, representa a lo largo de la historia una fase de regresión. El dinero es entonces menos importante y está menos presente que en el Imperio romano y, sobre todo, es mucho menos importante de lo que llegará a ser a partir del siglo XVI y, particularmente, del XVIII. El dinero es una realidad con la que la sociedad medieval debe contar cada vez más y comienza a

---

<sup>1</sup> La palabra dinero («argent») se emplea a lo largo de todo este ensayo, bien en su sentido actual, que en la Edad Media corresponde al valor de las monedas (sean metálicas o de referencia) o bien para designar, por supuesto, al mismo metal precioso (la plata).

<sup>2</sup> En latín, más a menudo *pecunia* o *denarii*.

adquirir aspectos que adoptará en la época moderna. Sin embargo, los hombres de la Edad Media, entre los que hay que incluir a los mercaderes, clérigos y teólogos, jamás tuvieron una concepción clara y uniforme de lo que entendemos hoy día por este término.

Dos temas importantes nos tendrán ocupados en este ensayo. Por una parte cuál ha sido la suerte de la moneda o, mejor dicho, de las monedas, en la economía, en la vida y en la mentalidad medievales. Por otra parte, en esta sociedad dominada por la religión, hemos de plantearnos cómo el cristianismo consideró y enseñó la actitud que el cristiano había de adoptar frente al dinero y el uso que debía hacer de él. Sobre el primer punto, creo, la moneda en la Edad Media fue siempre escasa y, sobre todo, muy fragmentada y diversa. Esta fragmentación fue una de las causas de la dificultad para despegar desde el punto de vista económico. En segundo lugar, vemos que la búsqueda y el uso del dinero, ya sea por individuos o por estados, se vieron poco a poco legitimados, a pesar de las condiciones impuestas a su justificación, por la institución que las inspira y dirige: la Iglesia.

Además debo subrayar con Albert Rigaudière<sup>3</sup>, la dificultad para definir el dinero tal como lo entendemos habitualmente hoy y tal como se estudia en este ensayo: «a quien quiera dar una definición, esta siempre se le escapa. A la vez realidad y ficción, sustancia y función, objeto y medio de conquista, valor de refugio y de exclusión, motor y finalidad de las relaciones entre los individuos, el dinero no se deja encerrar en un todo, del mismo modo que no sabríamos reducirlo a uno solo de estos componentes». Me voy a esforzar aquí por tener en cuenta esta multiplicidad de sentidos y de precisar al lector en qué acepción es considerado el dinero en cada momento de este ensayo.

Estudiar el lugar del dinero en la Edad Media nos lleva a distinguir al menos dos grandes periodos. En primer lugar, una primera Edad Media, digamos, desde Constantino a san Francisco de Asís: más o menos desde el siglo IV hasta finales del siglo XII, momento en que el dinero sufre una regresión: la moneda se eclipsa antes de iniciar un lento retorno. La distinción social predominante enfrenta entonces a *potentes* y *humiles*, es decir, poderosos y débiles. A continuación, desde comienzos del siglo XIII hasta finales del XV es la pareja *dives* y *pauper* (rico y pobre) la que se impone. Efectivamente, la renovación económica y el desarrollo urbano, la consolidación del poder real y la

---

<sup>3</sup> A. Rigaudière, *L'Argent au Moyen Âge*, coloquio de 1997, París, Publications de la Sorbonne, 1998, p. 327.

predicación de la Iglesia –y, sobre todo de las ordenes mendicantes– permiten al dinero tomar un impulso, aunque, en mi opinión, sin franquear aún el umbral del capitalismo. Al mismo tiempo, se desarrolla la pobreza voluntaria y se pone un fuerte énfasis en la pobreza de Jesús.

Importa señalar desde ahora, creo, dos aspectos de la historia de la moneda medieval. El primero es que, junto a las monedas reales cohabitan monedas de cuenta. Condujeron a la sociedad medieval –al menos en ciertos medios– a una destreza en el campo de la contabilidad que no poseía en las prácticas económicas. En 1202 el pisano Leonardo Fibonacci, hijo de un oficial de aduanas de la República de Pisa en Bugía en el norte de África, escribe en latín un *Tratado del ábaco* (tablilla para calcular en la Antigüedad convertida en el siglo X en un tablero con columnas que utilizaba la numeración árabe) en el que introdujo en particular el número cero, conquista primordial para la contabilidad. Estos progresos, que no se detendrán en el transcurso de la Edad Media occidental, conducirán a la redacción en 1494 por fray Luca Pacioli, de la *Summa de arithmetica*, verdadera enciclopedia aritmética y matemática destinada a los mercaderes. Al mismo tiempo aparecerá en Núremberg (sur de Alemania) un *Método de cálculo*.

Dado que el uso del dinero estaba siempre ligado a normas religiosas y éticas, conviene destacar ahora los textos sobre los que la Iglesia se basó para juzgar, y en su caso enderezar o condenar, a los usuarios del dinero. Estos textos se encuentran todos en la Biblia aunque conviene destacar que los que tuvieron una particular eficacia en el Occidente medieval, procedían del Evangelio más que del Antiguo Testamento; con excepción de una frase que tuvo una gran resonancia tanto entre judíos como entre cristianos: se trata del versículo 31, 5 del Libro del Eclesiástico (el Libro de Sirac) que declara que: «Aquel que ama el dinero escapa difícilmente al pecado». Veremos más adelante cómo los judíos fueron llevados a pesar suyo, a ignorar más o menos esta advertencia y cómo el cristianismo medieval al evolucionar, la ha matizado sin hacer desaparecer el pesimismo fundamental respecto al dinero que inspira esa sentencia. Los textos del Nuevo Testamento que tuvieron más peso en la actitud ante el dinero son los siguientes:

- 1) Mateo 6, 24: «Nadie puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión a uno y amor a otro o, si se sujeta al primero, mirará con desdén al segundo. No podéis servir a Dios y a Mamón» (Mamón designa en el judaísmo tardío, la riqueza inícuca, particularmente bajo la forma monetaria).

- 2) Mateo 19, 23-24: «Jesús dijo entonces a sus discípulos: en verdad os digo que difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos; y aun os digo más: es más difícil que pase un camello por el ojo de una aguja que el que entre un rico en el reino de los cielos». Estos textos se encontrarán también en los Evangelios de Marcos (10, 23-25) y Lucas (18, 24-25).
- 3) Un texto de Lucas (12, 13-22) condena la tesaurización, y en particular (12-15): «En el seno de la abundancia la vida de un hombre no está asegurada por sus bienes». Más adelante (Lucas 12, 33) Jesús dice a los ricos: «Vended vuestros bienes y dadlos en limosnas». Por último Lucas (16, 19-31) cuenta la historia invocada sin cesar durante la Edad Media del malvado rico y del pobre Lázaro. El primero va al infierno mientras que el segundo es acogido en el Paraíso.

Se especula sobre el impacto que estos textos pudieron tener en la Edad Media. Se expresa aquí, esencialmente, lo que será durante toda la Edad Media –aunque haya nuevas interpretaciones que suavizan el rigor– el contexto económico y religioso del uso del dinero: la condena de la avaricia (pecado capital), el elogio de la caridad (beneficencia) y, por último, en la perspectiva de la salvación –esencial para los hombres y mujeres de la Edad Media– la exaltación de los pobres y la presentación de la pobreza como un ideal encarnado por Jesús.

Querría ahora aclarar la historia del dinero en la Edad Media según los testimonios de la iconografía. Las imágenes medievales, donde aparecía a menudo de forma simbólica el dinero, siempre son peyorativas y tienden a impresionar al que las ve para hacerle temer el dinero. La primera imagen es un episodio particularmente sobrecogedor de la historia de Jesús: la representación de Judas recibiendo los treinta denarios por los cuales vende a su maestro a aquellos que habrían de crucificarlo. Por ejemplo, en un celebre manuscrito del siglo XII hay numerosas imágenes: el *Hortus deliciarum*. En un folio se representa a Judas recibiendo el dinero de su traición con el siguiente comentario: «Judas es el peor de los mercaderes ya que encarna a los usureros que Jesús ha expulsado del Templo que depositan su esperanza en las riquezas y quieren que el dinero triunfe, reine y domine. Lo que es un remedo de las alabanzas que celebran el reino de Cristo en la tierra».

El principal símbolo iconográfico del dinero en la Edad Media es una bolsa en el cuello de un rico que entra con ella en el infierno. Esta



bolsa fatal, llena de dinero, está representada en esculturas bien visibles en tímpanos y capiteles de iglesias. La volvemos a encontrar, evidentemente, en *El Infierno de La Divina Comedia* de Dante:

De suerte que aun me dirigí, aunque solo, por la extremidad  
de este séptimo círculo  
donde se encontraban tristes gentes.  
Fijé mis ojos en el rostro de algunos de ellos  
sobre los cuales caía el fuego del dolor.  
No reconocí a ninguno, pero me di cuenta  
que llevaban todos suspendida a su cuello, una bolsa  
de un color determinado y marcada por un signo diferente,  
y todos parecían recrear en ellas sus miradas.  
Y según avanzaba entre ellos, al observar  
vi, en una bolsa amarilla con azul  
que de un león tenía la forma y la traza.  
Y prosiguiendo el curso de mi mirada  
vi otra tan roja como la sangre  
que mostraba una oca tan blanca como la leche.  
Y otro que tenía marcada su bolsa blanca  
con una cerda azul preñada  
me dijo: «¿Qué haces tú en este foso?  
Vete de aquí ahora mismo: y puesto que aún estás vivo  
sabe que mi vecino Vitaliano  
vendrá a sentarse a mi lado izquierdo.  
Entre estos florentinos soy paduano.  
A menudo me atruenan los oídos  
gritando: venga el magnífico caballero  
que ha de traer la bolsa con los tres picos de pájaro».  
Al decir esto torcía la boca y sacaba la lengua  
como un buey que se lame las narices.  
Y yo, temiendo que si estaba más tiempo, disgustase  
al que me había encargado me demorase poco,  
abandoné aquellas almas desventuradas sin volver sobre mis  
pasos<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Este texto se encuentra en el canto XVII, versos 43-78. Lo he citado en mi libro *La Bourse et la Vie. Économie et religion au Moyen Âge*, París, Hachette, 1986, pp. 104-105, utilizando la edición de *La Divina Comedia* de Librairies associées, París, 1965, con traducción de I. Espinasse Mongenet. Se utiliza preferentemente hoy día la edición bilingüe de Jacqueline Bisset: *L'Enfer de la Divine Comédie*, París, Flammarion, 1985 [ed. cast.: *La bolsa y la vida. Economía y religión en la Edad Media*, Barcelona, Gedisa, 1987, pp. 137-139].